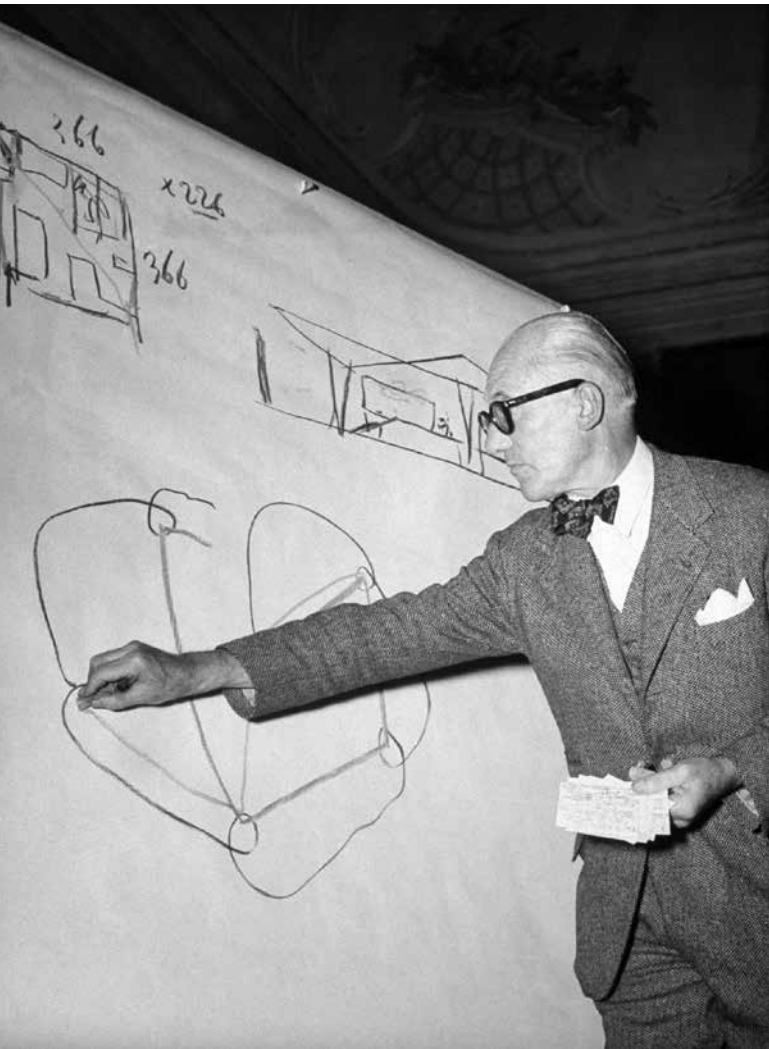


El arquitecto Lobo

Jorge Vázquez Ángeles



El arquitecto suizo Le Corbusier durante una conferencia. (Fotografía: Time Life Pictures / Pix Inc. / Time Life Pictures / Getty Images)

—LO QUE PASA ES QUE USTED ES UN INÚTIL.

La frase era el cierre perfecto a una jornada infame: una noche sin dormir, cortadas en los dedos y la certeza de que estudiar arquitectura era rudeza innecesaria. Además, los planos habían sido impresos, no dibujados a mano, y sin calidad de líneas¹. Del otro lado del restirador, como si se tratara de un patrón que reprende al obrero que ha echado a perder la materia prima, el arquitecto Carlos González Lobo dejó de mirar al estudiante que enfrentaba un juicio desigual, sin abogado defensor, rodeado por un auditorio que ante la reprimenda se aguantaba la carcajada no por respeto al compañero en desgracia, sino por la posibilidad de ser la siguiente víctima. El arquitecto nos miró a todos con una sonrisa que helaba la sangre y continuó con su labor de carnicero. De la bolsa de su saco de *tweed* color café extrajo un portaminas color ocre, de puntilla gruesa, y comenzó a remarcar las líneas delgadas que erróneamente representaban los muros de una biblioteca comunitaria.

—Esta es mi impresora, mire, le digo que dibuje una línea gruesa y lo hace. También puedo pedirle que dibuje una ventana, ¿ya vio? Y mi CPU está aquí dentro, nunca se equivoca, a diferencia de la máquina que usted, además, no sabe usar.

¹ La calidad de línea es un lenguaje gráfico que permite diferenciar, en un plano, un muro de una ventana. El grosor de cada línea evita confusiones al momento de ejecutarse una obra.

Cada una de sus correcciones durante aquel semestre fue una hecatombe, en el sentido etimológico de la palabra. González Lobo era uno de los tres maestros que integraban el Taller de Óscar Hagerman². En la Universidad Iberoamericana, sitio donde estudié arquitectura entre 1996 y 2002, el taller de Hagerman era considerado el espacio ideal para llevársela tranquila, sin desvelos ni presiones, sobre todo porque la manera de ser de don Óscar relajaba el ritmo de las clases. Hasta que llegó, justo ese semestre, Carlos González Lobo. Su nombre no me resultaba del todo ajeno porque le había dado clases a uno de mis tíos, también arquitecto, que estudió en Ciudad Universitaria hacia finales de los setenta bajo la figura del “autogobierno”, plan de estudios impulsado, entre otros, por González Lobo.

A partir del cuarto semestre podía elegirse un taller en particular: los había enfocados al diseño de edificios de más de veinte niveles, hoteles en Costa Rica, panteones verticales o proyectos más complejos que integraban varios usos. Una desventaja de apellidarse Vázquez es que cuando se impone el criterio del orden alfabético, las opciones escasean o ya se han agotado, y así me ocurrió aquella tarde de inscripciones. Sólo quedaba un taller cuya orientación social delimitaba el tipo de trabajos a desarrollar: letrinas que no emplean una sola gota de agua, escuelas y bibliotecas rurales, el tipo de proyectos que ni siquiera en el ámbito escolar otorgan prestigio.

Tras aprender a construir la letrina seca, nos fuimos de viaje a la zona arqueológica de Cantona, en Puebla, sitio donde teníamos que proyectar un hotel. Como esquema compositivo empleé la greca Xicalcolihqui y pude resolver de forma más o menos satisfactoria el hotel. Saqué nueve, la más alta calificación que obtuve en la materia de proyectos durante mi larga estancia en la universidad. El último proyecto a desarrollar ese semestre era una biblioteca comunitaria. Mi corrector sería ni más ni menos que el temido Carlos González Lobo.

² <http://www.jornada.unam.mx/2010/12/12/sem-elena.html>

Frank Lloyd Wright muestra a estudiantes un modelo del Museo Guggenheim. (Fotografía: Volkmar K. Wentzel / National Geographic / Getty Images)



Recuerdo que la primera vez que desplegué sobre el restirador mis planos dibujados a mano, su primera lección consistió en darme una de sus libretas de pasta dura. Después me preguntó a quemarropa: “¿Cómo le hace para que no se caiga?”. La libreta no se mantenía en pie por sí sola; a mi segundo intento me la arrebató, abrió las pastas a noventa grados y la colocó sobre la mesa. “Ya aprendió estructuras”, dijo con seriedad, antes de despacharme como torero de pueblo: sin pena ni gloria.

Las siguientes correcciones no mejoraron mucho. Una chica que seguramente ya no se dedica a la arquitectura se atrevió a llevarle otros planos dibujados en computadora y sin calidad de líneas. Si el proyecto era bueno o no, eso es lo menos importante en este relato, pues González Lobo desplegó toda su mordacidad. Además de sacar de nuevo su portaminas ocre para demostrarnos la supremacía de los medios manuales sobre la tecnología, vapuleó a la chica de tal forma que la hizo llorar. Lejos de detenerse, la lágrimas lo enfurecieron aún más, lo que me hizo recordar la escena de una película en la que Tom Hanks dirige un equipo

femenil de beisbol. “En el beisbol no se llora”, dice Jimmy Dugan, el mánager. Lo mismo ocurre durante el aprendizaje de la arquitectura.

El siguiente turno fue para otro estudiante que también había dibujado sus planos en computadora pero que tuvo la precaución hacerlo con calidad de líneas.

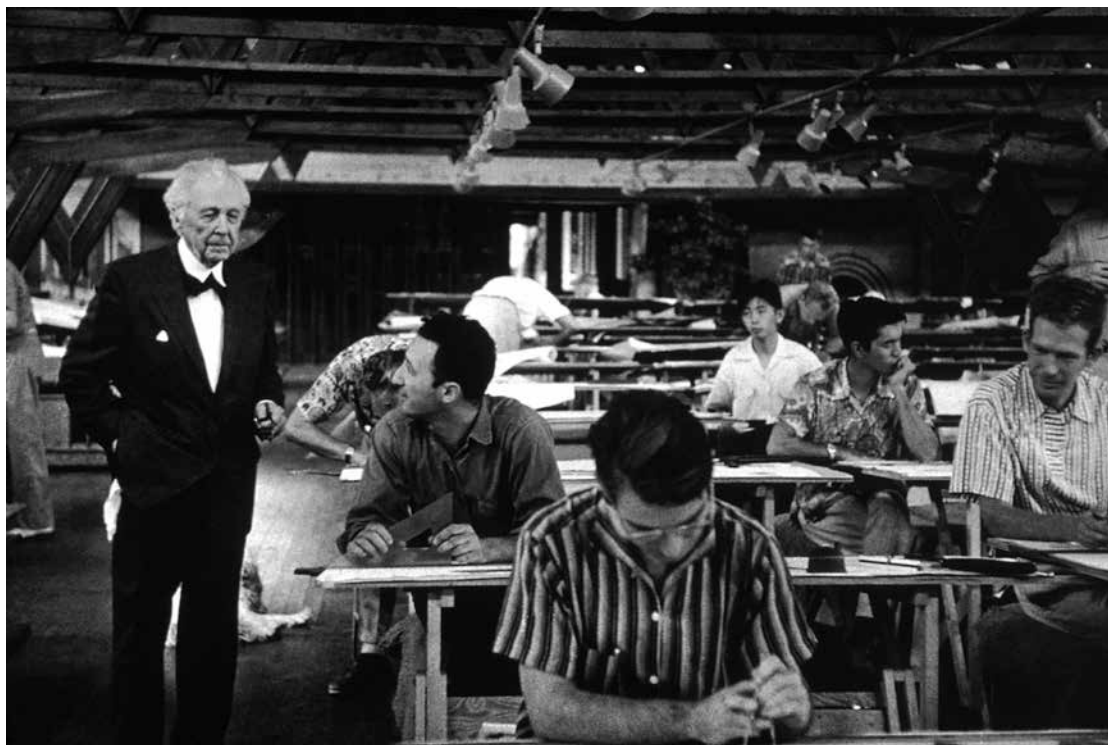
—Oiga —le preguntó el arquitecto—, ¿por qué si usted está tan feo sus planos son más bonitos que los de su compañera?

Lo cierto es que sus reprimendas iban acompañadas de ejemplos prácticos. No dejaba de hablar de Gaudí y la manera como había resuelto las manijas de las puertas de La Pedrera, de Juan Legarreta³ y sus casas para obreros, o de Juan O’Gorman y la Biblioteca Central de c.u. También nos contaba sobre su experiencia en los terrenos de la vivienda popular, donde había desarrollado sistemas constructivos como el CGL-2, que permite construir bóvedas de ladrillo-armado

³ En *Casa del tiempo* número 53 escribí acerca de las casas de Juan Legarreta: <http://bit.ly/1dvo57Y>



El arquitecto Frank Lloyd Wright (1869-1959) en clase. (Fotografía: Tony Vaccaro/
Hulton Archive/Getty Images)



por “prefabricación cooperativa popular” y el sistema de componentes del ladrillo armado⁴.

La última vez que lo vi fue hace ya varios años, en la presentación de un libro sobre Tacubaya, escrito por un par de arquitectas de la Ibero. Parecía como si apenas ayer lo hubiera visto en la universidad: llevaba puesto el saco de *tweed* color café, camisa sin corbata y pantalones de vestir. Su cabello entrecano y ensortijado le cubría la frente y sonreía de vez en vez mientras aguardaba el momento de subir al escenario. Colgada del hombro pendía la voluminosa mochila de cuero que parecía llevar a todos lados. Lo saludé. Quién sabe si me recordó.

El moderador se le acercó para decirle que no deseaba una ceremonia solemne sino más bien que fuera como una reunión familiar, sin formalidades, y le propuso que cada quien se presentara ante el público. En el rostro de González Lobo se dibujó la misma sonrisa que anticipaba las masacres sobre el restridor. Se sentó en una butaca y de la mochila sacó un cuaderno donde comenzó a escribir con un portaminas ocre. Recordé

los croquis que dibujaba sobre nuestros planos, con las soluciones más adecuadas a proyectos aparentemente sencillos y sin brillo. Hasta para diseñar un baño de pueblo se tomaba el tiempo necesario para hacernos ver que el más mínimo detalle debe de cuidarse para no terminar siendo un remedo de arquitecto.

Después, cada persona en el estrado fue presentándose, a excepción de él: tras bambalinas le había entregado al moderador la hoja donde había escrito un resumen de su extenso currículum.

Cuando tomó la palabra comenzó a citar a los grandes arquitectos que habían construido sus obras maestras en Tacubaya: Enrique del Moral, Juan Segura y Luis Barragán. Fue inevitable recordar una de sus frases más memorables, con la que solía rematar sus faenas antes de marcharse del salón de clases:

—Desde luego que frente a estas figuras de la arquitectura universal, ustedes siempre serán “arquitectos” y nunca arquitectos completos.

Me fui de la presentación cuando empezó a criticar el libro. La luz que iluminaba el estrado producía un efecto extraño en su rostro, como si los colmillos le hubieran crecido de repente, y sus ojos brillaran como dos carbones encendidos. ■■■

⁴ <http://bit.ly/1ipjcxC>